

Nº 4 = Num. 165 = 7 Marzo 1931.

IMPRESA Y EDITA
POR
SCIPPIO HERNANDEZ
EN
BOGOTÁ

Estampas

Revista Gráfica = Paseo de San Vicente, 18 = MADRID

Director
Propietario:
Luis Montiel

Redactor-jefe:
Vicente
Sánchez Ocaña



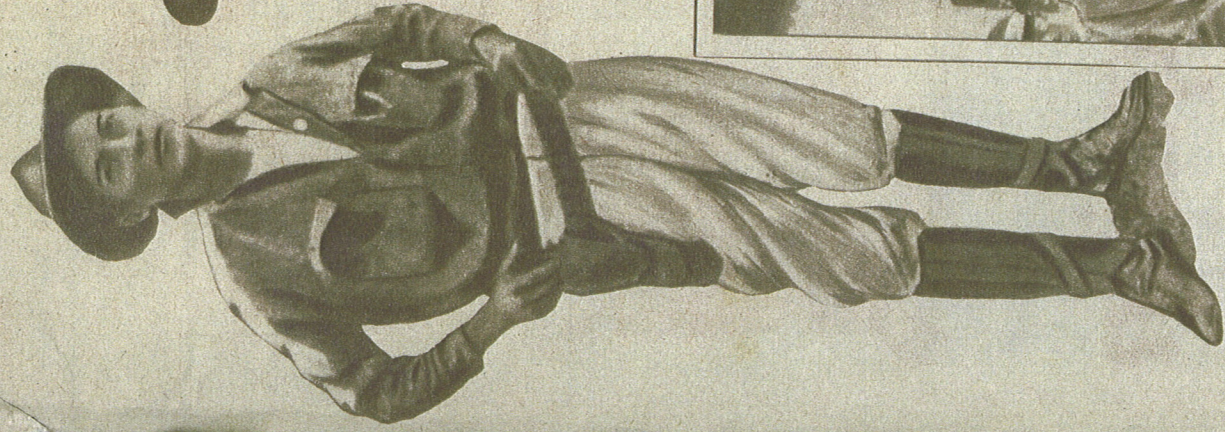
UN DIA EN EL CAMPAMENTO DEL GENERAL S.

Esta no va cabeza del guerrillero que, desde el campamento ha pasado un día y varios años en una pugna heroica con las tropas norteamericanas que ocupan la breve estancia en las sandinistas: nació el relato que pi

(Fotos Vidal.)

Estampo

Un día en el campamento del general Sandino...



...El que a los yanquis odiaba...

La gallarda figura del general, que, desde hace varios años, lucha contra los yanquis.

tono verdaderamente simpático, me interrogó: —¿Quién es usted?

—Augusto Flores; voy a pie de Buenos Aires a Nueva York.

—Ya le conozco, por los periódicos; pero ten-

de Sandino. Yo también podía serlo. Por fin, oí voces, descabalgamos, me desvendaron, abrí y cerré los ojos muchas veces para hacerme a la luz y vi, finalmente, que estaba en el claro de un bosque, ante diez o doce tiendas de campaña y.



He aquí un nuevo diálogo con ese muchacho, Augusto Flores, que fué, a pie, de Buenos Aires a Nueva York, perdiendo, en la marcha aventurera, un amigo, muerto por una víbora; otro, arrastrado por un torrente, y dos, inmovilizados por el paludismo. Dos muertos y dos enfermos. La tierra, para ser cruzada, hace pagar arbitrios extraordinarios.

Vamos Rambla abajo, envueltos en el gris tumbido domingoero. Augusto Flores, enjuto y melancólico, se reduce más con su voz peruana, queda y dulce.

—Voy a editar un libro, ¿sabe?, con mis aventuras.

Entonces fué preguntarle por el hombre más interesante que había encontrado en sus andanzas. Víboras, fieras, indios agresivos, torrenceras homicidas, arboledas tenebrosas, acantilados, lagunas azules junto a las nieves perpetuas, todo esto es la eterna película de "Los misterios de la selva americana" o de "A través de la América secreta". Pero, ¿y el hombre?...

—El hombre más interesante que encontré en mi marcha a través del continente americano, fué Sandino.

Comenzó la narración sin un aspaviento ni una palabra enfática. En este andariego muchacho sudamericano, las hazañas del último hombre poético de América, no toman nunca un tono de oda. Sencillamente, evoca al héroe sencillo de Nicaragua:

—Un día, como a las tres de la tarde, después de haber dejado atrás la ciudad de Chinandega, me alcanzaron tres jinetes. Eran tres soldados de Sandino. Ni un distintivo militar. Ni uniforme, ni correaes. Las mangas de la camisa arremangadas, el rostro peludo, al cinto, cananas repletas, y dos revólveres enormes decorando sus caderas. Uno de los jinetes se desmontó, y, en

drá que venir con nosotros a ver al jefe.

—¿Quién es su jefe?

—Sandino.

A lo largo de Nicaragua, yanquis y nicaragüenses conservadores, me habían hablado de un Sandino hosco y sanguinario, mezcla de guerrillero y de bandolero. No sabía si alegrarme o sentirme alarimado. Pero, Sandino, era, para mí, el patriota que estaba escribiendo la postrera epopeya americana y acabé alegrándome,

a pesar de que me vendaron los ojos y me hicieron cabalgar a la grupa de uno de los jinetes. Sentía que subíamos y bajábamos colinas, que atravesábamos honduras y riachuelos. De vez en cuando, me preguntaban: "¿Cómo va el muchacho?" Los caballos seguían trotando, trotando, en un trote que a mí me parecía interminable.

—¿Y para qué estas precauciones? —La guerra de Sandino es de asechanzas y espionaje. En Nicaragua, todos son espías, o a favor o en contra

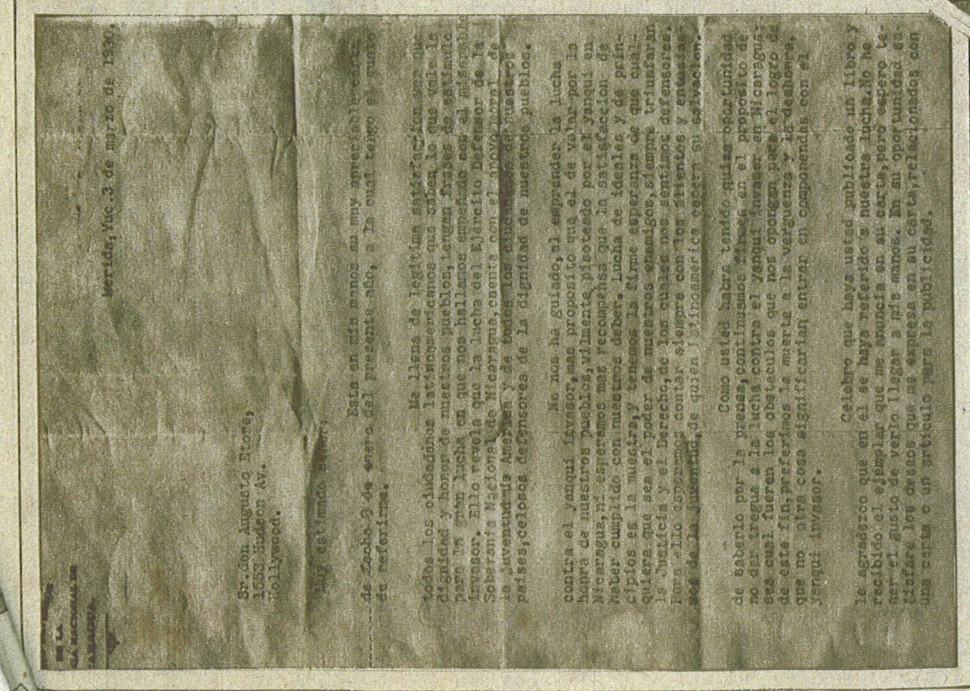
Un cuerpo de tropas del general Sandino, fuerzas improvisadas, que tienen que vencer para pertrchearse de armas y de víveres.

Estas fuerzas obedecen a ese personaje de romance, que es Sandino, en el que tienen fe ciega, y luchan por su causa contra los soldados norteamericanos.



(Fotos Vidai.)

Estampa



Carta autógrafa de Sandino al muchacho peruano Augusto Flores.

entre ellas, en corros o echados, unos ochenta o cien hombres. Era el ejército de Sandino.

—¿Y Sandino?

—Estaba frente a una tienda, con las piernas abiertas, los brazos cruzados sobre el pecho, pantalones kaki, polainas, la camisa escotada, unos grandes ojos penetrantes y un revólver pendiente de la cintura. A pesar de todo, tenía algo de "cow-boy" americano. Me presentaron a él como al jefe, sin decirme quién era. Sandino, me miró fijamente y acabó preguntándome:

—¿Qué le sucede, jovencito? ¿Por qué le han traído aquí?

Yo le conté todo, mis viajes y mis proyectos, le mostré mis fotografías y mi libro de recuerdos. El me escuchaba, interesado en el relato, y, de pronto, me interrumpió:

—¿Ha oído usted hablar del sanguinario y revolucionario Sandino?

Al ver mi embarazo, prosiguió:

—Bueno, pues yo soy Sandino. Los yanquis

dicen que soy un asesino y un hombre cruel. Eso es falso. Yo no soy más que un patriota que lucha, como un soldado, por la libertad de su patria. Por ella, daré mi vida. Por ella, lucharé año tras año. Dígalo así por todas las tierras que atraviese y a todos los hombres que hable.

—Y usted, ¿qué le respondió?

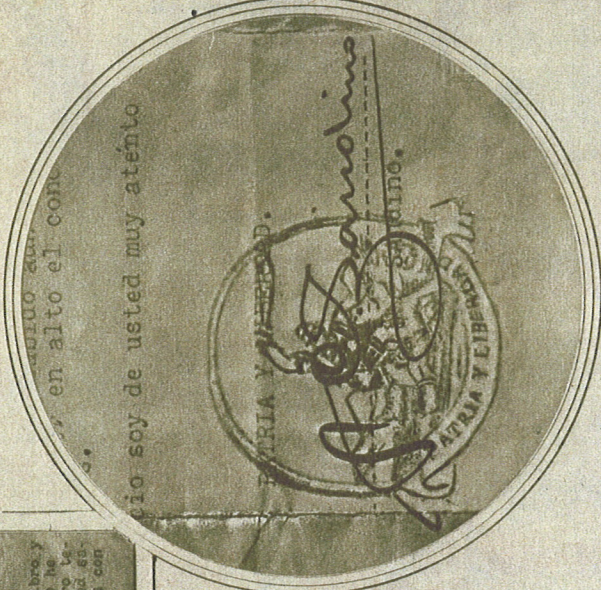
—Era imposible dudar de su sinceridad. El alma, llena de honradez y de coraje, se le salía por los ojos. El vió mi emoción y me dió un abrazo, alegre. Al fin, Sandino, era, como yo, un joven.

—Pues, ¿cuántos años tiene Sandino?

—Me pareció un muchacho de veinticinco años.

—¿Nada más?

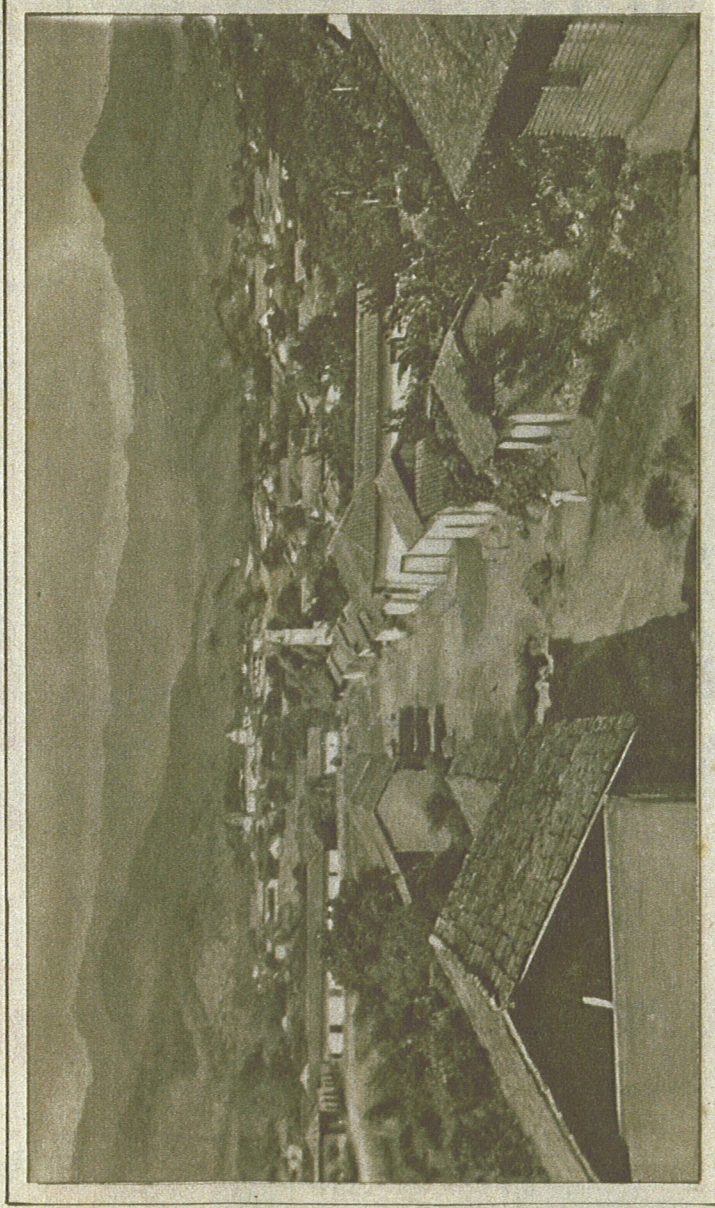
—No creo que tenga más... Luego, alegremente, me invitó a cenar, abrimos unas latas de conserva, nos sentamos en corro y cenamos. Recuerdo que era una tarde suave y dorada por el oro del crepúsculo, y que, mientras ellos contaban emboscadas contra los yanquis y yo aventuras de desierto y de selvas, me iba llenando de una emoción que podría calificar más que de "emoción de roman-



Sello y firma del general.

tero", romance de reconquista, con unos soldados barbudos, amigos de los bosques y un capitán quijote, que, en aquel crepúsculo sereno, podía volver a pronunciar el discurso de las armas y de las letras.

Augusto Flores, calla ante la evocación de aquella tarde romántica, en la tarde plebeyana.

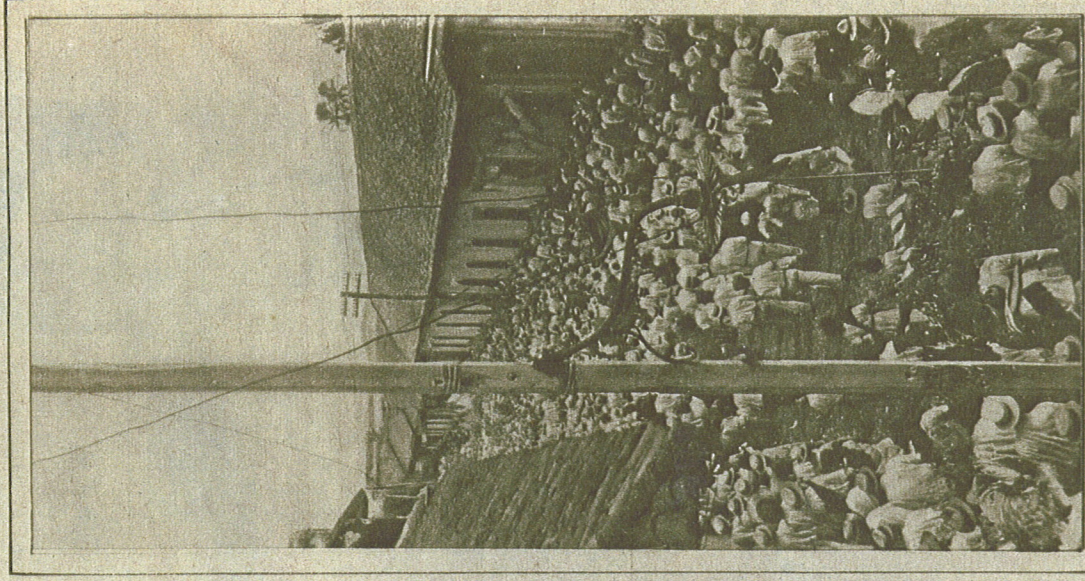


Matagalpa, ciudad del interior, que se alzó en armas por Sandino, y uno de los refugios del general cuando se ve acosado por las tropas invasoras.

—¿Y luego?

—Cuando llegó la hora de retirarse, me dieron unas mantas y me señalaron una tienda para dormir. Al clarear el día, Sandino me llamó, me deseó venturas y ordenó a dos de sus hombres que me guiaran hasta un lugar desde donde pudiese seguir mi ruta. El me acompañó un trecho, y estrechándose, cordial, mi mano, me dijo: "Buena suerte, muchacho; recuerde que Sandino le trató bien y recuerde lo que le dije." Volvieron a vendarme los ojos, me dieron un caballo, trotamos unas dos horas, nos detuvimos, me desvergonaron, me enseñaron la dirección, volvieron grullas y, a poco, una lejana nubecilla de polvo, es lo que restaba de la aventura habida con Sandino.

Augusto Flores siguió hablándome del general Sandino. Le siguen sólo unos doscientos o trescientos hombres, que comen las conservas que arrebatan a los yanquis, y se municionan merced



Una manifestación de sandinistas en la ciudad nicaragüense de León, para protestar de la ocupación yanqui.

a las emboscadas. Sandino, a veces, se disfrazaba con oficiales norteamericanos, incluso con soldados en centinela, y luego les escribe, contando y riendo sus bromas. Otras, recorre, a caballo, kilómetros y kilómetros y cae sobre un destacamento yanqui. A pesar de lo reducido de las partidas de Sandino, la desolación de la guerra se nota en Nicaragua. La ciudad de Chinandega está en ruinas, por la batalla y el incendio. Yo, en ella, fui a un cine que no tenía techo.

—¿Y no ha vuelto usted a ver a Sandino?

—Sí, en Méjico. Desde allí me escribió a Nueva York. Seguramente habrá vuelto a Nicaragua, aun cuando no cuente más que con doce hombres.

Recordamos unos versos de D'Annunzio, cuando entró en el puerto austriaco de Pola, durante la guerra: "Siamo trenta d'una sorte-trenta uno con la morte..." El heroísmo por la patria o por la libertad, es igual en el Adriático o en los bosques de Nicaragua. Sandino y los suyos son, también, treinta, y con la muerte, treinta y uno.

MARIO AGUILAR

La bellis
ra Grau,
gida en
celona
téntica
na de n
pendi
tas.

D
samen
Barcel
crita
Era u
do m
y que
la no
Teatr
En
gran
ba el
más
las d
antes
elecc
prese
guap
much
dos l
al co
ción
Pe
pués
apoc
se in
reci
dient
decib
te. Y
guiri
ción.
auté
proc
casi
ellas
sant
mad
pres
banc
del
las
fiest
gon
prin